

patrón. Igualmente se entiende mejor por qué es tan difícil desterrar las prácticas de compra y coacción del voto, cuya propensión se atribuye tradicionalmente a la pobreza de los electores, pero debiera entenderse también como cuestión de costumbre.

Por todo esto y más, no es aventurado decir que *Simbolismo y ritual...* aporta un retrato y una explicación completa y convincente del sistema político mexicano como funcionaba en 1988 –especialmente de la cultura política que lo sostenía–, para todo científico social interesado en el cambio político que ha vivido México en los últimos 20 años. Este libro será referencia obligada para entender por qué las elecciones han sido siempre tan importantes en México, desde mucho tiempo antes de que fueran limpias, competitivas y equitativas; para contrastar cómo ha cambiado (o no) la manera de hacer campañas electorales; para contrastar la función de los medios de comunicación en las campañas electorales antes y después de la apertura a la competitividad, etc. En conclusión, este libro es un parámetro para medir la brecha que se abre en México entre la incertidumbre del régimen autoritario y clientelar, cuyos cimientos fueron la lealtad y arbitrariedad, y la incertidumbre democrática, cuyos cimientos deben ser la competencia política, la responsabilidad y el respeto a la ley; es decir para distinguir mejor nuestros símbolos y rituales autoritarios de los democráticos.

LUICY PEDROZA ESPINOZA

Arjun Appadurai, *Fear of Small Numbers. An Essay on the Geography of Anger*, Durham, Duke University Press, 2006, 153 pp.

Todos entendemos cuando se habla de la globalización, pero es difícil decir en qué consiste. Se ha publicado mucho sobre el tema, nada del todo convincente. Es un fenómeno de integración económica (Stiglitz), una nueva vinculación de los centros urbanos (Sassen), es una nueva forma de las relaciones políticas, financieras, nuevas corrientes migratorias y medios de comunicación (Hardt y Negri, Cooper, Bayart). Seguramente la dificultad para definirla consiste en que no es un proceso único sino el efecto combinado de una serie de tendencias: cuando se habla de globalización se trata de definir algo así como el “espíritu del tiempo”, en el que se mezclan muchas cosas.

Tiene razón Jean-Francois Bayart, hay un tiempo largo de la globalización: instituciones, ideas, prácticas y valores establecidos desde hace por lo menos doscientos años; hay un tiempo corto que es básicamente de acele-

ración, producto de las nuevas tecnologías y sobre todo del derrumbe del bloque soviético. En realidad, los cambios de este tiempo corto, la conciencia de estar viviendo en una nueva era es en parte una ilusión óptica, las guerras de Angola, Mozambique o Sudán fueron tan globales como cualquier conflicto actual, con la sola diferencia de que hoy es más difícil tomar partido y los enfrentamientos resultan repentinamente incomprensibles: ha cambiado nuestra manera de mirar mucho más que las prácticas o los intereses en pugna.

En sus libros anteriores Arjun Appadurai se había ocupado sobre todo de las transformaciones de la vida cotidiana producidas por la "cultura material" de la globalización (Arjun Appadurai (ed.) *The Social Life of Things*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; Arjun Appadurai (ed.), *Globalization*, Durham, Duke University Press, 2003.) También ha escrito sobre las nuevas identidades, estilos de vida, formas de organización y movilización que surgen como consecuencia de las migraciones y los medios de comunicación masiva (Arjun Appadurai, *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996). En términos generales podría decirse que su mirada es optimista, pero lo es en buena medida por los fenómenos que ha estudiado: se ha interesado sobre todo por los procesos de creación cultural, la formación de identidades transnacionales y posnacionales, y se ha encontrado con poblaciones, en cualquier parte del mundo, capaces de apropiarse de los recursos del mercado global, transformarlos, modificar usos y objetos, aprovechar las nuevas tecnologías. En breve: su obra presenta una globalización casi festiva, carnavalesca, hecha de posibilidades inéditas, que abren campo a la imaginación. Su libro más reciente, *Fear of Small Numbers*, se ocupa del lado oscuro de la globalización: las formas de violencia características del inicio del siglo, concretamente el terrorismo y la violencia étnica. Su idea básica es que ambas cosas están vinculadas con el proceso de globalización y hasta cierto punto son una consecuencia de éste, pero no llega a elaborar un argumento general que lo explique.

El punto de partida que prácticamente no discute es que el Estado, como forma política, ha sido rebasado por la globalización y que los conflictos y las formas de violencia que vemos son un resultado de esa quiebra, crisis o desbordamiento del Estado. Apoyado sobre esa premisa desarrolla su reflexión en dos partes, claramente distintas, una sobre el terrorismo y la otra sobre los conflictos étnicos.

El terrorismo que le interesa, en el que ve una novedad absoluta, es el del islamismo radical; su reflexión comienza con los atentados del 11 de septiembre de 2001: "Es la guerra desatada por un nuevo tipo de agente, un agente cuyo interés no es ni establecer un Estado ni oponerse a un Es-

tado ni modificar las relaciones entre dos estados. Es una guerra contra los Estados Unidos, pero también una guerra contra la idea de que los estados son la única forma posible para hacer política (*the only game in town*)” (p. 17). A partir de ahí especula sobre la oposición entre dos formas de organización política, una vertebrada, la de los estados, y otra celular. La idea es original y le permite a Appadurai algunas páginas muy sugerentes, pero la premisa es muy discutible. Los grupos terroristas siempre han reivindicado otra política, una forma de representación y participación no estatal; por otra parte, si bien los dirigentes de Al-Qaeda dicen que su guerra es contra la civilización occidental, no parece razonable tomar sus declaraciones al pie de la letra y aceptar que efectivamente quieren lo que dicen: se antoja más sensata la idea de que utilizan el antiamericanismo como un recurso para adquirir prestigio y legitimidad en la política de Pakistán, Arabia Saudita, Líbano, Jordania, Sudán, Egipto, Argelia o Palestina (como se sugiere en los libros de Gilles Kepel). Sin duda el islamismo es un movimiento internacional, como en su momento lo fue el comunismo, pero no es tan evidente que sea una reacción en contra de la forma estatal.

La idea de Appadurai es que la merma progresiva de recursos y capacidades de los estados los ha dejado prácticamente sin ningún poder: “El Estado-nación ha sido lentamente reducido a la ficción de su etnia como único recurso cultural sobre el que puede ejercer pleno dominio” (p. 23). Los estados son estructuras de otro tiempo, sistemas “vertebrados” que suponen entidades cerradas, completas, sistemas de normas, formas estables y protocolarias de relación que no son capaces de ordenar las nuevas relaciones entre empresas, organizaciones, movimientos políticos. Lo propio de la globalización son las estructuras celulares, mucho más flexibles y rápidas, acopladas a los modernos mecanismos de comunicación, la de las empresas multinacionales por ejemplo, capaces de aprovechar las nuevas tecnologías que hacen posible el volumen y la velocidad de los movimientos financieros actuales. Otro reparo, que Appadurai anota como cosa marginal: la operación de esas empresas, esos movimientos de capital dependen de legislaciones estatales –perfectamente vertebradas– que garantizan sus derechos de propiedad, lo mismo que garantizan el secreto bancario o la libertad para transferir recursos de un país a otro.

Su conclusión, tentativa, es que “parece haber una relación de dependencia y antagonismo a la vez” entre ambos tipos de estructuras (p. 29). Es razonable, pero no hay nada muy nuevo en ello, salvo los recursos tecnológicos: siempre ha habido esas “estructuras celulares” asociadas a los estados y hostiles a ellos, desde bandidos, contrabandistas y mafias hasta órdenes religiosas, partidos políticos, movimientos guerrilleros. Los esta-

dos por otra parte no han sido nunca, salvo en el papel, entidades completas y cerradas, perfectamente jerarquizadas, de acción unívoca.

Es mucho más extenso y más complejo su análisis de la violencia étnica. Comienza por decir que las minorías son una categoría social y demográfica relativamente reciente, asociada a la idea nacional y las estadísticas de población; más aún, las minorías no existen de antemano sino que son producidas por las circunstancias particulares de cada nación y cada nacionalismo (p. 42). El argumento es fundamental. Toda identidad es ilusoria, resultado de una estrategia política: no hay mayorías o minorías “naturales” porque no hay nada natural en la selección de los rasgos que definen una identidad. Ahora bien, una vez producida la diferencia, la minoría –sigue Appadurai– se convierte en fuente de temor y objeto de odio, puesto que es un obstáculo para la pureza de la nación.

En las condiciones actuales el significado de las minorías cambia: por la nueva conciencia de derechos, por la presión de la comunidad internacional, por los grandes movimientos migratorios, también por la incertidumbre que provoca el mercado global. La frase con que lo explica Appadurai es brillante. “Las minorías son el lugar más a propósito para desplazar las ansiedades de muchos estados con respecto a su propia minoridad o marginalidad (real o imaginaria) en un mundo de unos pocos mega-estados, flujos económicos incontrolables y soberanías en entredicho. Las minorías, en una palabra, son metáforas y recordatorios de la traición del proyecto nacional clásico” (p. 43). Como síntesis es perfecta siempre y cuando se tenga presente que las minorías no existen de por sí, sino que son construidas, y que no son los estados, sino determinados grupos sociales y dirigentes políticos los que experimentan esa ansiedad y, como diría Jorge Cuesta, proyectan en la nación su propio sentimiento de indefensión y vulnerabilidad: es la nación la que está amenazada, inerme, necesitada de protección.

El fenómeno es frecuente, la hostilidad hacia las minorías, pero no inevitable. Y desde luego no siempre conduce a formas de violencia genocida. Ocurre, dice Appadurai, con las “identidades predatorias”, las que se definen a partir de la necesidad de eliminar otra u otras identidades, y que se forman cuando un grupo se concibe a sí mismo como “mayoría amenazada” (p. 51). Las identidades predatorias son “producto de situaciones en que la idea del pueblo es reducida al principio de singularidad étnica, de modo que la existencia incluso de la más pequeña minoría dentro de las fronteras nacionales es vista como un defecto intolerable para la pureza de la totalidad nacional. [...] En cierto sentido, cuanto menor sea el número y más débil sea la minoría, más profunda será la rabia que inspira su capacidad para hacer que la mayoría se sienta una simple mayoría, en lugar de un *ethnos* completo e incontestado” (p. 53).

Discute su argumento a partir del ejemplo clásico de la Alemania nazi, discute también la política contemporánea de la India y la ambivalencia de la cultura política estadounidense hacia las minorías: la minoría virtuosa de la disidencia religiosa, la minoría amparada por la tradición liberal, las minorías que conspiran, las que defienden “intereses especiales” contra el interés público. Hay que recordar siempre que esas minorías y esas identidades son todas invenciones, históricamente situadas, y hay que contar con la posibilidad, que también apunta Appadurai, de que la violencia sea el mecanismo para producir a la minoría y para producir también la identidad. Ahora bien: si es así, si no hay mayorías ni minorías ni identidades antes de su definición política, el panorama es más sombrío, más confuso y mucho más difícil de explicar. La pequeña minoría que impide que la nación se sienta completa y perfecta –los alemanes judíos, por ejemplo–, esa minoría no estaba ahí, no es descubierta o señalada, sino que es inventada como identidad, como minoría diferente e inasimilable: es inventada como minoría para que sea posible su aniquilación, y adquiere existencia como minoría en el proceso de su aniquilación. Estamos cerca de los argumentos conocidos de René Girard sobre la función estructural del “chivo expiatorio”.

Nadie está a salvo. En cualquier momento cualquier grupo puede destacar una cualquiera de las oposiciones que lo constituyen –una diferencia religiosa, lingüística, incluso ocupacional– y transformarla en frontera de una identidad inasimilable. Es decir: esa “ansiedad de lo incompleto” es producida por la estrategia política que la adopta como motivo, nadie sentiría que su nación es un todo incompleto si no hubiera quien produjese a una minoría que hace que la nación se convierta en un todo incompleto (perdón por la gramática); pero entonces la “ansiedad de lo incompleto” (*anxiety of incompleteness*) no puede estar en el origen de la explicación, como causa, porque es parte de un mecanismo político mayor cuya explicación nos falta. ¿Por qué la identidad étnica? ¿Por qué la eficacia de la idea nacional? Appadurai lo atribuye a la definición moderna del Estado, que es siempre peligrosa porque entraña la imagen de la etnia nacional. No me parece convincente. La idea de una minoría étnica dentro del territorio de un Estado nacional, que debe ser aniquilada, obviamente depende de la existencia del Estado y de las ideas de nación, mayoría y minoría, pero si dejamos a un lado las palabras, como forma de violencia podría ser algo mucho más antiguo y fundamental (como lo sugiere, precisamente, René Girard).

Son brillantes las páginas que dedica Appadurai a estudiar las complicadas relaciones entre la política internacional, las identidades y los conflictos locales, la forma en que una pequeña minoría (de musulmanes en

Francia, por ejemplo) puede convertirse en parte de una amenazadora mayoría (de musulmanes en el nuevo orden global). En su explicación, la “geografía de la ira”, de los conflictos actuales, es “resultado de complicadas interacciones entre acontecimientos lejanos y temores cercanos, entre viejas historias y provocaciones recientes” (p. 100). Eso quiere decir que bajo los conflictos “étnicos” lo que hay es política. Bien. No obstante, da la impresión de que una vez que alguien adopta el lenguaje de la etnicidad el conflicto se vuelve efectivamente étnico para todos los implicados. No me convence. Dice Appadurai: “En la violencia enmascarada de Belfast, Nablus, el País Vasco y Cachemira, para mencionar sólo algunos ejemplos, la máscara del terrorista armado de hecho refleja y confirma la sospecha de los grupos étnicos dominantes” (p. 89); debajo de la máscara se descubre el rostro de un musulmán o un chechenio común y corriente, es decir, “un traidor por definición”. No. Los terroristas de ETA o del IRA quieren definirse en términos étnicos (o nacionales), pero eso no significa que haya un “grupo étnico dominante” ni que la violencia sea experimentada por los ciudadanos como violencia “étnica”, ni que sea combatida en nombre de una etnia.

El libro concluye con un emocionado elogio de otras “estructuras celulares” no violentas, las de los grupos civiles que se integran en redes transnacionales para la defensa del ambiente o el combate contra la pobreza. Deposita en ellas demasiadas esperanzas, las define como democráticas “en su forma y en su propósito” y, sin mucha argumentación, las excluye prácticamente de la desagradable política de los estados. No vale la pena discutirlo porque es sólo una *coda*, un aditamento sentimental.

Encuentro en el texto un problema básico: su idea del Estado es demasiado rígida, abstracta. De ella deriva la premisa, muy discutible, de que el Estado haya sido rebasado por los procesos de globalización. Y de ahí se extrae la conclusión de que las nuevas formas de violencia son resultado de la crisis del Estado. Hay motivos y datos bastantes para pensar que las prácticas estatales no sólo sobreviven sino que cobran nueva fuerza a partir de los movimientos acelerados de capitales, mercancías, información y personas (como referencia, el libro de Jean Francois Bayart, *Le gouvernement du monde*, París, Fayard, 2004). Algo más: las formas más espectaculares de violencia, las que conmueven más eficazmente a la opinión mundial son el terrorismo y los conflictos étnicos; no obstante, por su magnitud, su duración y su influencia tienen seguramente más importancia conflictos absolutamente clásicos, que tienen como referente al Estado: las guerras de Liberia, Costa de Marfil, Sudán, Congo, Palestina.